

HOY por primera vez en mis años de jardinero salgo al jardín no en busca de tareas sino de algo que escribir, un comienzo para este libro en el que quiero contar lo que el jardín enseña a su jardinero. En estos días hay poco que hacer. Aún no es tiempo de podas ni plantaciones y ya se dejan de necesitar los riegos. No recojo por ahora las hojas o acículas caídas, veo sin disgusto cómo se acumulan. Los años me han enseñado la conveniencia de renovar las ganas de labor tras los trabajos de primavera y verano. En este clima, una temporada de descanso de mediado el otoño a mediado el invierno, de contemplar los senderos, setos y parterres dejados de la mano, recrece el deseo de jardinar.¹

Llueve al fin tras muchos meses de sequía. En el campo encontré al final del verano álamos añosos secos junto a cursos de agua vacíos, muertos grises alineados entre supervivientes sedientos. Laborar el jardín rehace la mirada a la naturaleza. De niño crecí desinteresado de los vegetales salvo para trepar a los árboles o comer sus frutos, y mi experiencia juvenil como jardinero no pasó de regar plantas en pisos cuyos moradores partían de viaje, encargos que aceptaba con el gusto poco botánico de disfrutar de ratos de posesión ilusoria de viviendas ajenas. Pero desde los treinta y tres años me tocó cuidar (no había otros candidatos) la obra de un jardinero artista excepcional, un jardín delicado y

¹ La forma “jardinar” es neologismo del autor. A diferencia del término “jardinear” recogido por el *Diccionario de la Real Academia*, el aquí propuesto pretende transmitir la actividad de ocuparse en el jardín no como mera afición, sino con verdadera dedicación y esfuerzo a dicha labor.

complejo inesperadamente legado por un pariente. Las primeras tareas fueron afrontar plagas, enfermedades arbóreas, fugas de agua (varias veces brotaron chorros verticales de más de un metro) y otras urgencias del jardín, y sustituir vigas carcomidas que amenazaban derruir el tejado y tuberías de plomo y cables eléctricos peligrosamente avejentados en la vivienda. Lo razonable en mi caso de asalariado habría sido vender una finca de mantenimiento exigente, pero, insensatamente atraído por el lugar, me trasladé de ciudad y de trabajo para vivir en ella y restaurarla a pocos. Tardé veinte años. En los primeros tuve un maestro y un amigo, el jardinero viejo, y tras su muerte empecé a cuidar solo de los vegetales, que se convirtieron en los nuevos maestros.

Los dueños anteriores del jardín lo visitaban en los periodos floridos del año, ofrecían fiestas a personas del gran mundo, aportaban piezas artísticas valiosas a sus rincones. No plantaron ni podaron con sus manos (lo hacían sus jardineros, a veces tres empleados simultáneamente), ni prepararon sus chimeneas y estufas ni guisaron comidas con lo que el huerto y el gallinero ofrecían (lo hacían sus cocineros), ni colocaron las mesas en el jardín para los invitados. Pero, sobre todo, no asistieron a la vida íntima del jardín durante el año. Esa suerte he tenido, disfrutar, como en el título del libro de Jean Giono, *Las riquezas verdaderas*. Ser jardinero, el jardinero, ha sido mi privilegio durante muchos años.

Es Día de Difuntos. Escucho los graznidos de una bandada de aves grandes que no consigo nombrar sino aproximadamente. Vuelan sobre el jardín hacia el sur en formación de dos

puntas de lanza que alternativamente se engrosan y adelgazan. No tengo muertos próximos en el cementerio de la ciudad, ese otro jardín, hoy invadido por miles de visitantes, sólo tres de mis perros yacen bajo este suelo que cultivo y recuerdo el abrazo de una de mis hijas al cadáver del último ante su fosa abierta y cómo su llanto me mostró anticipadamente mi despedida. Los otros perros yacen bajo las tomateras que una semana de estas arrancaré, agotada ya su temporada productiva, y cerca está el lugar que elegí para que suelten mis cenizas cuando esa querida hija adolescente, en un paseo, del modo más natural que pueda imaginarse, durante una conversación de vidas y muertes, me preguntó qué destino quería para mi cuerpo.

La belleza del otoño sólo se siente con la convicción del tránsito a vida nueva. Sin nuestra creencia en la sucesión de las estaciones percibiríamos con angustia signos de enfermedad en los vegetales, colores agónicos. Hace unos días hallé, en un extremo sombreado del jardín, al pie de la muralla, un lirio florecido a destiempo. Desde entonces no he vuelto a visitarlo. He plantado muchos bulbos de lirio morado en el jardín y se han reproducido en abundancia, pero nunca había visto florecer uno en otoño. Otros bulbos, como los *Crocus* amarillos que planté junto a los canales, dan flores dos veces en la temporada, antes y después del verano. He caminado a honrarlo, a sentir la irradiación de sus dones. Me pregunto si repetirá esta floración casi seis meses tardía el próximo año. Quisiera saber qué desató esta aparición desligada de los cientos de lirios que florecieron en tres semanas de primavera y reproducir esta excepción que lo convirtió en flor de otoño. Aunque quizá sea preferible no convertir en costumbre esa rebeldía, preservar en el recuerdo este lirio fugado de su manada.